

de Mad. de Flassans, y después otra que daba paso á una sala de baños que comunicaba con un tocador contiguo al dormitorio de Mad. de Feucheres.

En el entresuelo, se encontraba una segunda meseta, en la cual desembocaba un segundo corredor constantemente abierto que conducía á la escalera principal. En este corredor se hallaba la puerta de la habitación del abate Briand, la de la viuda Lachasine, la de Duprez y de su mujer, esta última, doncella de Mad. de Chavannes. Las habitaciones de los esposos Duprez y de la viuda Lachasine estaban situadas en el entresuelo, encima del departamento de Mad. de Feucheres y debajo de las habitaciones del príncipe.

De todo lo dicho se deduce, que la pequeña escalera interior estaba abierta por todos lados, y era el paso necesario y habitual de Mad. de Flassans, del abate Briand, de la viuda Lachasine, de Duprez y de su mujer.

Dadas estas esplicaciones, recordaremos que el 26 de agosto, hacia la media noche, el príncipe habia quedado solo en su dormitorio. Durante toda ella, los gendarmes y los guardas, siguiendo su ordinaria costumbre, habian estado rondando en el parque. Los moradores del entresuelo, que podian escuchar hasta el menor ruido que partiese de la escalera interior ó del departamento del príncipe, no habian sentido ningun ruido sospechoso.

En la mañana del 27, á las ocho de ella, obediendo la orden que habia recibido en la noche anterior, el ayuda de cámara Lecomte se dirigió al departamento de su amo. Atravesó el corredor principal, abrió la puerta del pequeño gabinete de tocador cuya llave tenia, y llamó á la puerta del dormitorio, sin obtener respuesta. La puerta estaba, segun costumbre casi invariable del príncipe, cerrada por dentro; y así Lecomte, creyendo que su señor continuaria dormido, salió para esperar algunos minutos á que el príncipe despertase.

En este tiempo, llegó el primer cirujano del duque, M. Bonnie, que iba á hacer su visita ordinaria: llamó á su vez, y encontró el mismo silencio.

Lecomte y M. Bonnie volvieron después reunidos á llamar, pero nadie les respondió.

Inquietos por este silencio que presagiaba una desgracia, el cirujano y el ayuda de cámara se dirigieron á casa de M. de Lavillegontier; pero habia salido á las seis de la mañana, porque llegó á saber que en el día anterior el cura de Saint-Leu habia sido insultado por un buhonero, y habia querido asegurarse por sí mismo de este hecho, demasiado grave, atendido el estado en que se encontraba la Francia.

Lecomte, sin embargo, y M. Bonnie se decidieron á ir á la habitación de Mad. de Feucheres, á la que encontraron profundamente dormida; despertóse sobresaltada, y habiéndose enterado del obstinado silencio que habian notado al llamar en el cuarto del príncipe, se levantó rápidamente, y á medio vestir, se precipitó en las habitaciones del duque de Borbon. Al llegar á la puerta de su dormitorio, le llamó en alta voz; después á grandes gritos: «Monseñor, monseñor, ¡abrid! ¡soy yo, monseñor...!» nadie respondió. Entonces dió orden de forzar la puerta.

El ayuda de cámara, Dubois, busca un martillo; otro ayuda de cámara, Manoury, golpea la puerta con redoblados golpes: uno de sus entrepaños cede; M. Bonnie entra el primero por aquella abertura; Manoury y Lecomte le siguen.

Manoury se dirige velozmente al lecho que está vacío, descubierto y hendido, como de haberse acostado en él su dueño. La habitación apenas se encuentra iluminada por la escasa luz que dejan penetrar las junturas de los postigos, y con ayuda de la débil claridad que esparce en el suelo de la chimenea una bujía próxima á extinguirse, logran entrever Manoury y M. Bonnie al príncipe en pie delante de la ventana del Norte, la mejilla derecha apoyada contra el postigo, inmóvil y en la posición de un hombre que escucha.

M. Bonnie se precipita hacia el príncipe, aparta una silla colocada cerca de él y que le estorbaba el paso; Manoury coge á su señor en brazos para volverle al lecho, pero el cuerpo está tieso, la cara y las manos frias. Se abren los postigos de la ventana de Oriente, y entonces puede verse distintamente que el cuerpo del príncipe pende de un pañuelo sujeto á la falleba de la ventana: la cabeza estaba inclinada sobre el pecho, las rodillas dobladas, los brazos tiesos y colgando y la punta de los pies tocando la alfombra.

M. Bonnie quiere cortar el pañuelo; pero como ya habia dicho que el príncipe estaba muerto y que todo socorro era inútil:—«¿Qué vais á hacer? grita Manoury; se nos acusará de criminales cuando todos somos inocentes.»

Se abre entonces la puerta; todos las gentes de la casa, los principales empleados se presentan en la habitación: se detiene á Mad. de Feucheres en una pieza cercana para evitarla aquel triste espectáculo, y en breve M. de Lavillegontier hace que todos se retiren, y las puertas de las habitaciones del príncipe quedan cerradas hasta la llegada de las autoridades, á quienes se ha dado aviso.

El *maire* de Saint-Leu, M. Tailleur, llega al castillo á las diez menos cuarto, acompañado de su adjunto M. Leduc y de un individuo del consejo municipal, M. Vincent Saint-Hilaire. M. Letellier, cirujano, se presenta al mismo tiempo.

En presencia de estas tres personas, el *maire* recibió las declaraciones de M. Bonnie, de Lecomte, de Manoury y de Leclerc.

El proceso verbal, en el que M. Tailleur consignó estas primeras declaraciones, así como las circunstancias de la muerte, el estado de la habitación y el del cadáver, pueden considerarse como el fundamento de todas las apreciaciones que se hagan acerca de los diferentes hechos de esta causa. Hé aquí este importante documento (1).

En el año de mil ochocientos treinta, el viernes veinte y siete de agosto, á las diez menos cuarto de la mañana:

Yo, Pedro Gerbasio Tailleur, *maire* del cuerpo

(1) La série de las declaraciones é informaciones, constituyen todo el fondo del proceso, por lo que nos ha parecido indispensable dar al lector el texto con toda estension.